

COCODRILO

David Vann

Fragmento

Los faros eran de tamaño completo pero estaban hechos de yeso y malla de alambre. Arrodilladas, unas mujeres frotaban con escombros la pasarela nueva de ladrillo para que pareciese vieja y gastada, y la draga trabajaba durante toda la noche para retirar desperdicios de varias décadas, poniendo a punto un nuevo paraíso mexicano para guatemaltecos. Las barcas de pesca locales, conocidas como «pangas», pasaban con estruendo en actividades de narcotráfico.

Por mi averiado velero de considerables dimensiones, amarrado ahora a un solitario trecho de concreto medio desmoronado, desfilaban ratas, serpientes, mendigos infantiles, prostitutas, la policía, la armada, borrachos de todo tipo y los hombres de la Capitanía de puerto. A mí me conocían como el «Cajero Automático», siempre exudando dinero incluso al borde de la ruina, y si alguna vez tomaba un taxi en Tapachula, la ciudad que hay tierra adentro, los taxistas sabían quién era yo y conocían todos los detalles de mi vida. Conocían al mecánico y sus ayudantes, que me chantajeaban con el motor. Sabían cuánto pagaba yo semanalmente al Gordo por concepto de protección. Sabían quién me había robado el fuera de borda. Sabían que había hecho una intentona de fuga, zarpando a un nudo con un motor diésel averiado que escupía mugre negra al agua, y que piratas a bordo de pangas habían embestido mi barco y amenazado con abor dame en busca de droga. Sabían que aquella noche me hice a la mar como un cobarde, con las luces apagadas, para volver a puerto miserablemente al cabo de dos días. Estaban al corriente de Eva, y supieron antes que yo que no era guatemalteca. Sabían que yo estaba aquí porque otro capitán había abandonado mi barco y destrozado el motor, pero no sabían por qué me había quedado.

Dejé el barco a mediodía porque estaba muerto de hambre. Lo abandoné tal cual, sin cerrar, porque tenía al Gordo. Me abrí paso entre los pequeños mendigos, crucé el campo, y seguí hasta el único restaurante del lugar, el de la solitaria mesa en el exterior. Pedí «pollo diablo», que era como llamaban en la zona a los muslos de pollo.

Mientras esperaba, se acercó una de las prostitutas. Se levantó el top, dejando al aire sus pechos, y dijo en inglés, arrastrando las palabras, «Me love me», su frase habitual, queriendo decir en realidad «Te quiero».

—No, gracias* —dije yo, mi frase habitual también.

Me comió con los ojos y dio media vuelta, a punto de caerse, muy borracha. Era amiga mía, sin embargo, hacía poco que se dedicaba a esto. Uno de los hombres que siempre estaban recostados en la pared de concreto dijo una grosería. Ella volvió la cabeza como si no hubiera oído bien, y el tipo se le acercó con una sonrisita y se lo repitió.

Fue muy rápida. Vi cómo él retrocedía y los dos hilillos de sangre que brotaban en su mejilla, pero no alcancé a ver el momento del golpe. Los amigos del majadero se

lanzaron sobre ella, la tiraron al suelo a puñetazos y luego la patearon, todos a la vez. La mujer se arrastró hacia mí y me agarró un tobillo.

—Ayúdame —gimió.

Le estaban pegando en el estómago, la espalda, las costillas, la cara.

Yo quería ayudarla, pero uno de aquellos hombres trabajaba para el capitán de puerto, quien tenía mis papeles. Otro trabajaba para el Gordo. Otro, pescador, era un borracho al que yo había insultado. Y luego estaba el pretendiente, que desde hacía tiempo quería matarme. Mi vida en este lugar pendía de muy frágiles pactos.

—Por favor —dije.

Y los hombres pararon. Se me quedaron mirando, como el resto de los congregados. No se oía el más mínimo ruido, y el calor era inhumano. Uno de los tipos se alejó unos pasos para tomar un pedazo suelto de concreto y luego vino y se detuvo junto a mi amiga. Ella estaba medio inconsciente. El hombre levantó en alto el trozo de concreto y dijo «Una» al tiempo que lo bajaba. Repitió la operación diciendo «Dos» al bajarlo. Y luego lo levantó una vez más.

Supe lo que iba a pasar cuando dijera «tres». Supe que la cabeza de mi amiga estaba a punto de ser aplastada ante mis ojos. El hombre en cuestión era el sicario del Gordo, así que probablemente había ejecutado a más de uno. Tenía una cicatriz que le cruzaba media cabeza. Le faltaban un diente y un dedo e iba hasta el tope de cocaína.

El 2 de diciembre de 1997, Elizabeth Sudlow, la capitán que yo había contratado para que llevara mi barco de San Francisco a Panamá, me dejó un mensaje de voz diciendo que el velero estaba anclado en Puerto Madero y que el motor había dejado de funcionar. Según ella, había que cambiar los inyectores. Que le enviara un mecánico cuanto antes. Intentaría llamarme más tarde.

Tuve que buscar Puerto Madero en un atlas. Estaba justo en la frontera con Guatemala, el puerto más meridional de la costa oeste mexicana. Eso era muy al sur, muy lejos. Se me ocurrieron muchas preguntas. ¿Por qué, por ejemplo, tenía que enviar yo a un mecánico a más de seis mil kilómetros de distancia? ¿Y qué había pasado? ¿El resto de la tripulación seguía a bordo?

Mientras esperaba, miré un calendario e hice un cálculo de lo que podían durar las travesías. Cinco pasajeros me esperaban en Panamá para hacer la última etapa en barco hasta las islas Vírgenes Británicas, donde yo iba a dar unos cursos de invierno. En otoño y primavera impartía clases en Stanford, pero durante los meses de invierno y de verano organizaba chárteres educativos en mi barco a través del Programa de Formación Continua de la universidad. Era, además de mi apuesta de futuro, un negocio propio.

Cuando sonó por fin el teléfono, me llevé un susto. Elizabeth parecía estar en el edificio de al lado, no a más de seis mil kilómetros, tan clara sonaba su voz.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—No voy a volver —dijo ella.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? Que no vas a volver, ¿adónde?

—A Puerto Madero. Lugar de mierda.

—Pero ¿no me estás llamando desde Puerto Madero?

—No. Estoy en Marin.

—¿Quieres decir Marin de aquí, en la bahía de San Francisco? —Era increíble, pero Elizabeth me confirmó que había dejado el barco en México—. ¿Cuándo te fuiste? —pregunté.

—Llegué aquí ayer.

—¿Y quién se quedó en el barco?

—Mike, y a lo mejor el Oso también.

—¿Cuánto hace que está allí el barco? ¿Qué fue lo que pasó?

—Encontramos fuertes vientos en el istmo de Tehuantepec —dijo Elizabeth—. Conseguimos pasar, con el tormentón, y cuando el temporal quedó atrás, cambié de tanque y el diésel dejó de funcionar. No hubo forma de arreglarlo. Es una larga historia, pero fuimos a la deriva durante tres días y luego nos las apañamos para llegar a Puerto Madero aprovechando un poco de viento.

Yo no podía asimilar tantas cosas a la vez. Los vientos que ella mencionaba podían alcanzar los cien kilómetros por hora en esa zona, una travesía hartamente peligrosa, pero daba la impresión de que lo habían superado más o menos bien.

—¿Qué le pasó al motor? —pregunté.

—Debió de entrarle agua. Creí que podía ser el respiradero del tanque, así que improvisé un circuito de alimentación y retorno con un bidón, pero no funcionó.

—Es imposible —dijo—, por el respiradero no puede entrar agua. ¿Y por qué no probaste los otros tanques? ¿Probaste eso, para ver si había gasóleo limpio? ¿Y no se te ocurrió mirar los filtros cuando cambiaste de tanque?

—Mira, David, aquello fue horroroso, y el barco se deshacía.

—¿Que se deshacía?, ¿qué quieres decir?

—Se oía un ruido muy fuerte, como un tronido, cada vez que el barco daba un bandazo. Creo que fue cuando el barco se fue de costado en el puerto. Creemos que pudo ser el bao mayor del casco, justo debajo del salón grande.

Yo no quería enfadarme porque quería evitar que ella me colgara, pero esto era demasiado.

—El barco no tiene ningún bao mayor, Elizabeth —le dije—. Es de fibra de vidrio. Y el ruido que comentas lo hace uno de los balaustres que sostienen el techo. Es un ruido fuerte, pero no es nada estructural. Se lo expliqué a ti y a Mike antes de que zarparan.

—Bueno, pues estamos a mano —dijo Elizabeth—. Tú no me debes la segunda mitad de mi paga por la entrega, y yo no vuelvo allí.

—Has abandonado mi barco en un país extranjero, Elizabeth. ¿Cuándo llegaste a Puerto Madero?

—Hace como una semana.

—¿Una semana? ¿Mi motor ha estado toda una semana con agua en los cilindros? ¿Por qué no me llamaste?

—No quiero seguir hablando —dijo ella—. Mike tiene tu dinero para emergencias. Te está esperando allí.

—¿Dónde? —pregunté. Intentaba calmarme porque necesitaba información básica—. ¿Dónde está el barco?

—Tengo un número al que puedes llamar si quieres dejarle un mensaje. El barco está anclado frente a la Capitanía de puerto.

Me dio el número de una pequeña cabina de teléfono que, por lo visto, era el único sitio en Puerto Madero desde donde se podía llamar. Después se negó a decirme el número de ella y colgó.

Apoyé la frente en la superficie de la mesa y me tapé los oídos. No me lo podía creer. Elizabeth tenía licencia de capitán de barco igual que yo, pero más experiencia. Había construido embarcaciones. Y, sin embargo, se había echado una semana en la playa sin decirme nada. Y además le había dado a Mike, el chef, los dos mil dólares para emergencias.

Me sentía paralizado, pero decidí llamar al número de México y dejarle un mensaje a Mike.

—Bueno —contestó una mujer.

—Sí —dije. Yo no hablaba español, solo sabía unas cuantas frases—. ¿Habla anglais? —pregunté.

—No, lo siento —dijo ella.

—Ah, tengo un amigo... hum... Mike.

Entonces la mujer soltó un rollo del que no entendí ni jota.

—Un número —dije. Y le di mi teléfono—. In los Estados Unidos. Para Mike. Yo David.

No me acordaba de cómo se decía «me llamo». No había estudiado español en mi vida. Solo había estado un par de veces en México con Joanna, mi ex novia, que siempre me molestaba por no saber español.

Después de colgar me pregunté si el mensaje le llegaría a Mike. Volví a apoyar la frente en mi mesa.

La tarde estaba muy avanzada. Tenía que encontrar un mecánico y enviarlo a Puerto Madero con nuevos inyectores para el motor. Empecé a llamar a tiendas de refacciones que conocía, probando suerte, y al cabo de una docena de intentos frustrados encontré un sitio donde tenían piezas de Volvo; pensé que igual había inyectores y que tal vez sabrían de algún mecánico dispuesto a viajar a México de inmediato. Fue la primera tienda donde no se rieron en mi cara; a las otras mi problema les había parecido muy gracioso. La situación era insólita y, por lo visto, después de todo el día dándole a la llave inglesa, les divertía oír algo fuera de lo común. «Puedo darle un dibujo de cómo hacer un inyector con una botella de tequila —me dijo un tipo—. Y seguro que aguanta tan bien como la culata Peugeot de aluminio que lleva usted en ese motor Volvo.» Al parecer, la culata de mi motor era de lo más delicado.

Telefoneé a Julie. Había sido alumna y pasajera mía, tenía una maestría en administración de empresas y trabajaba conmigo desde hacía poco para ampliar el negocio de las clases. No le gustaron las noticias. «La gente que inscribí para este viaje eran amigos míos, David.» Pero por otra parte lo lamentaba y estaba dispuesta a ayudarme dentro de lo posible. Esperaría a que yo tuviese más información y luego llamaría a sus amigos para evaluar los daños. En caso necesario, les vendería como novedad que íbamos a zarpar de Puerto Madero, en vez de Panamá.

Un empleado de Redwood City me llamó poco después y me dio el teléfono de un mecánico. Le habían explicado la situación y estaba libre para viajar. Suspiré aliviado. Le llamé tan pronto como colgué.

Se llamaba Herbert Mocker y tenía un marcado acento alemán. Me las arreglé con el poco de alemán que yo sabía y nos reímos bastante hablando por teléfono.

—Conozco esos pequeños puertos —me dijo—, los hay por todo el litoral. Sé a quién hay que pagar y dónde conseguir cosas. Puedo ayudarle.

Hablamos de los inyectores y el mecánico me dijo que haría unas cuantas llamadas. Mientras tanto, yo me ocuparía de conseguirle boleto de avión para el día siguiente.

Telefoneé a varias compañías, cambié el vuelo que yo tenía programado y le compré un boleto. La cosa estaba empezando a salir demasiado cara.

A todo esto, continuaba esperando una llamada de Mike. Pasé casi todo el día siguiente en mi despacho, a la espera. Y por fin, a media tarde, llamó.

—Hermano —dijo de entrada—, aquí hay muchachos de dieciocho años con ametralladoras. Este sitio es poco seguro.

—¿Muchachos de dieciocho con ametralladoras? ¿Qué quieres decir, que van con ellas por la calle, o son militares?

—No sé, creo que de la armada o algo así. Pero qué más da, maldita sea, van con ametralladora. Y Puerto Madero es una absoluta mierda. Fíjate que solo puedes llamar por teléfono desde donde estoy ahora. Tienes que venir lo antes posible. No sé cuánto tiempo voy a poder seguir vigilándote el barco.

—Mike, por favor —dije—. Necesito que me ayudes. Voy a enviarte un mecánico con unos inyectores. Sale hoy en avión, llegará ahí mañana por la mañana. Se llama Herbert Mocker.

—Hermano, no pierdas el tiempo. Si ni siquiera me estás pagando lo que es...

—Te pagaré —dije—. Necesito tu ayuda. No abandones el barco, por favor. Voy a bajar dentro de tres días, y Herbert llega mañana.

—Ya.

—Bueno, ¿qué pasó?

—Tu barco es una chatarra. Tres días a la deriva, carajo, creí que me volvía loco. Entró agua de mar por los respiraderos y el barco se caía a pedazos. ¿No sabías que Grendel es capaz de navegar a nueve nudos con solo el tormentín, eh? Eso estuvo bien. El viento en Tehuantepec es terrible.

—Mike, el agua no entró por los respiraderos —dije—. Fue porque el gasóleo de Acapulco no valía nada. Elizabeth podría haber pasado a otro tanque y lo más seguro es que no hubieran tenido problemas. Y el barco ...